Círculo Anárquico

Villa Española

1892 - 1894

La Epidemia Terrorista

Emile Henry

Ravachol

Por supuesto yo no me hago ilusiones. Sé que mis actos no serán todavía bien comprendidos por gentes insuficientemente preparadas. Incluso entre los obreros por los que he luchado, muchos, engañados por vuestros periódicos, me creen su enemigo. Pero eso me importa poco. No me preocupa el juicio de nadie. No ignoro tampoco que existen individuos que llamándose anarquistas se apresuran a reprobar cualquier solidaridad con los propagandistas por el hecho.

Tratan de establecer una sutil distinción entre los teóricos y los terroristas. Demasiado blandos para arriesgar su vida, reniegan de los que actúan. Pero la influencia que pretenden tener sobre el movimiento revolucionario es nula. Hoy el campo es la acción, sin debilidades ni retroceso.

Alexandre Herzen, el revolucionario ruso, lo dijo: "De las dos cosas una, o ajusticiar y marchar hacia delante o perdonar y caer a medio camino".

Nosotros no queremos ni perdonar ni caer, y marcharemos siempre adelante hasta que la revolución, meta de nuestros esfuerzos, venga al fin a coronar nuestra obra haciendo libre al mundo.

En esta guerra sin piedad que hemos declarado a la burguesía no pedimos ninguna piedad.

Nosotros damos la muerte sabremos sufrirla.

También espero vuestro veredicto con indiferencia.

Sé que mi cabeza no es la última que cortaréis, aún caerán otras, pues los muertos de hambre empiezan a conocer el camino de vuestros grandes cafés y de vuestros grandes restaurantes Terminus y Foyot.

Ustedes añadirán otros nombres a la sangrienta lista de nuestros muertos.

Habéis colgado en Chicago, decapitado en Alemania, dado garrote vil en Jerez, fusilado en Barcelona, guillotinado en Montbrisson y en París, pero lo que no podréis jamás es destruir la anarquía.

Sus raíces son demasiado profundas, ha nacido en el seno de una sociedad podrida que se descompone, es una reacción violenta contra el orden establecido. Representa las aspiraciones igualitarias y libertarias que vienen a abrir brecha en el autoritarismo actual, es lo que por todas partes la hace inembargable. Acabará por mataros.

Menos de un mes más tarde, el 21 de mayo, Emile Henry, condenado a muerte, era ejecutado.

¿Qué nos hace sentir hermanados a Mauricio Morales, compañero que cayó mientras transportaba un artefacto explosivo al cuartel del carabineros de Chile?, ¿y a Simón Radowitsky o Angiolillo?

¿Y a los no conocidos que han despreciado y desprecian al poder?

¿Qué nos hace sentir hermanados a los miles que sin acciones espectaculares rasguñan, rompen o fuerzan las cadenas?

Las miles de infamias que acumula este mundo son burladas, son puestas cara a cara y un orgullo indecible nos hace bullir la sangre cada vez que una persona libre las enfrenta.

Que no es suficiente no nos dice nada a nosotros, anárquicos que comprendemos los intentos que hacen los compañeros, mucho nos dice el cansancio del compa que vuelve a su casa después de pelear y ver que el monstruo sigue en pie.

Porque ser anarquista es intentarlo, pelear contra el poder en donde esté, derrotarlo muchas veces y volver a atacarlo mañana.

Así se logran las cosas grandes, así se logra todo.

Círculo Anárquico Villa Española
Montevideo

anarquista fue acosado.

¡Y bien! puesto que de este modo hacéis responsables a un partido de los actos de un solo hombre y golpeáis en bloque. nosotros también golpeamos en bloque.

¿Debemos atacar sólo a los diputados que hacen las leyes contra nosotros, a los magistrados que aplican esas leyes o a los policías que nos detienen?

No lo creo.

Todos esos hombres sólo son instrumentos que no actúan en nombre propio, sus funciones han sido instituidas por la burguesía para su defensa; no son más culpables que los otros.

Los buenos burgueses que, sin estar revestidos de ningún cargo, se lucran sin embargo con los enteros de sus acciones, que viven ociosamente de los beneficios producidos por el trabajo de los obreros, también deben tener su parte de represalias.

Y no solamente ellos, sino todos aquellos que están satisfechos con el orden actual, que aplauden las acciones del gobierno y se hacen sus cómplices, esos empleados de 300 y 500 francos al mes que odian al pueblo aún más que los grandes burgueses, esa masa embrutecida y pretenciosa que se pone siempre del lado del más fuerte, clientela habitual del Terminus y otros grandes cafés. Esta es la razón por la que he golpeado a lo loco sin escoger mis víctimas.

Es preciso que la burguesía comprenda bien que los que sufren están, por fin, cansados de sus sufrimientos, que enseñan los dientes y golpean tanto más brutalmente cuanto más brutal se ha sido con ellos.

Ellos no tienen ningún respeto por la vida humana, porque los mismos burgueses no se preocupan por ella.

No son los asesinos de la Semana Sangrienta y Fourmies los más indicados para tratar a los demás de asesinos.

No miran por las mujeres ni por los niños de los burgueses, porque tampoco se mira por las mujeres y los niños que ellos aman. ¿No son víctimas inocentes esos niños que en los barrios se mueren lentamente de anemia porque el pan es raro en casa, esas mujeres que empalidecen en vuestros talleres y se agotan para ganar cuarenta céntimos al día, todavía contentas cuando la miseria no las fuerza a prostituirse; esos viejos de los que habéis hecho máquinas de producir durante toda su vida, y que cuando las fuerzas les abandonan echáis al basurero y al hospital?

Tened al menos el coraje de asumir vuestros crímenes, señores burgueses, y convenid que nuestras represalias son enormemente legítimas.

encarcelamiento? Nadie se ocupaba de ellos.

El anarquista ya no era un hombre, era una bestia salvaje a la que se acosaba por todas partes y de la que toda la prensa burguesa, vil esclava de la fuerza, pedía en todos los tonos su exterminación.

Al mismo tiempo, los periódicos y los panfletos libertarios eran retirados de la circulación, el derecho de reunión era prohibido.

Y aún más: cuando se querían desembarazar totalmente de un compañero, un confidente ponía en su habitación un paquete con tanino, decía él, y a la mañana siguiente hacían un registro, con una orden fechada la víspera. Encontraban una caja llena de polvos sospechosos, el compañero pasaba al juzgado y cargaba con tres años de prisión.

Preguntad si esto no es cierto al miserable chivato que se introdujo en casa del compañero Mérigeaud.

Pero todos los procedimientos eran buenos. Golpeaban a un enemigo al que tenían miedo, y los que habían temblado querían parecer valientes.

Y como remate a esta cruzada contra los heréticos, ¿no se oyó al Sr. Reynal, ministro del Interior, declarar en la tribuna de la Cámara que las medidas tomadas por el Gobierno habían obtenido buenos resultados, que habían sembrado el terror en el campo anarquista? Pero todavía no era bastante, habían condenado a muerte a un hombre que no había matado a nadie; era necesario parecer valientes hasta el final: un buen día se le guillotinó.

Pero, señores burgueses, habéis actuado un poco demasiado sin contar con el invitado. Habéis arrestado a centenares de personas, habéis violado multitud de domicilios; pero fuera de vuestras prisiones había aún hombres que ignorabais y que en la sombra, asistían a vuestra caza del anarquista no esperando más que el momento favorable para, a su vez, cazar a los cazadores.

Las palabras del Sr. Reynal eran un desafío lanzado a los anarquistas. Se ha recogido el guante. La bomba del café Terminus es una respuesta a todas vuestras violaciones de la libertad, a vuestras detenciones, a vuestros registros, a vuestras leyes de prensa, a vuestras expulsiones en masa de extranjeros, a vuestros guillotinamientos. Pero, ¿por qué, os diréis, atacar a apacibles clientes que escuchan música y que, quizás, no son magistrados, ni diputados ni funcionarios?

¿Por qué he golpeado a lo loco? ¿Por qué? Es muy simple -la burguesía ha hecho de los anarquistas un bloque-. Un solo hombre, Vaillant, había lanzado una bomba, las nueve décimas partes de los compañeros incluso no lo sabían. Eso no sirvió para nada. Se les persiguió en masa. Todo lo que tenía alguna relación con lo

En Francia, entre 1892 y 1894 se dio una verdadera epidemia terrorista. Las venganzas fueron llevadas a cabo por osados anarquistas contra la clase alta en un periodo de oscuridad, en el periodo venido luego de la derrota de la comuna de París.

En Francia campeaban aún los fusilamientos a revolucionarios, las encarcelaciones y el destierro.

Vanamente los antiautoritarios buscaban reagruparse pero los golpes de la represión habían sido y eran demasiado duros.

Así, de las cenizas surgieron gritos de revancha, la acción insurreccional intentada hasta el cansancio por Bakunin seguía siendo la ventana a todas las libertades.

Los medios ilegales eran, seguían siendo, la herramienta de los oprimidos. El camino legal, el parlamentarismo, era el camino de aquellos que con su indignidad aprontaban las nalgas a nuevas sillas y privilegios.

La libertad, la indomable libertad se alzaba nuevamente orgullosa y desesperada.

Un arma se presentaba como una posibilidad salvadora, una niveladora que pondría a los oprimidos al nivel de las fuerzas estatales y que quebraría el miedo impuesto luego de la derrota de la comuna y la feroz campaña represiva subsiguiente.

Esa arma era la ciencia, la ciencia pondría en manos de los explotados la dinamita vindicadora.

Los congresos anarquistas recomendaban a los individuos y organizaciones de la Asociación Internacional de Trabajadores el "conceder gran importancia al estudio y aplicaciones de estas ciencias como medio de defensa y ataque".

Los anarquistas comenzaron una real campaña de terror a los burgueses y policías sin precedentes.

¿Cuánta simpatía obtuvieron en el resto de la población? Esto es relativo, condenas y apoyo pueden rastrearse en las cenizas del tiempo. Ravachol tuvo canciones que perduran hasta nuestros días, sus retratos se encontraban entre el pobrerío parisino y no tardó mucho tiempo para que estos ajusticiadores anárquicos fueran llamados "mártires del pueblo".

Esta campaña y credo en la dinamita como llamador al gran mediodía, este llamado a veces desesperado a la insurrección y al orgullo individual creció fulgurosamente hasta apagarse lentamente cuando la represión en sus ataques indiscriminados se fue generalizando. El llamado "proceso de los treinta", proceso que intentaba encarcelar a los anarquistas más influyentes como culpables morales de las bombas es marcado como el principio del final de la táctica de la dinamita.

Esos años de sangre quedaron marcados en la historia a fuego y pólvora, pero no fue el único periodo ni el último del uso de la dinamita para aterrorizar a los opresores.

Europa y América saben bien que la furia anárquica ha tomado y toma distintas armas pero vuelve siempre en la carne de los oprimidos de cualquier parte.

Los tiranicidas anárquicos, por ejemplo, son, han sido, la síntesis más hermosa de bondad, arrojo y amor a la libertad que ha dado la raza humana.

Gente como Santo Caserio, Caetano Bresci, Dora Kaplan o Simón Radowitzky, entre otros muchísimos son el arquetipo de anarquista que arriesgando su propia vida para vengar y detener al tirano, van contra él y dan el ejemplo de dignidad y valor tan carentes a veces; explotadores, presidentes, reyes y militares cayeron bajo la mano anárquica.

El primer hecho que marca esta ofensiva fue el llamado "Affaire Clichy".

El primero de mayo de 1891 se había dado un enfrentamiento entre anarquistas y policías cuando los primeros regresaban de una manifestación.

Los anarquistas y los policías estaban armados, arrestados finalmente estos, recibieron una brutal paliza.

En la defensa, escrita por Sebastián Faure, donde uno de los anarquistas admite haber disparado contra los policías, se puede leer:

"Culpables seriamos si, despertando en nuestros compañeros de miseria el sentimiento de la dignidad, nosotros mismos nos burláramos de él.

Criminales, ¡oh sí!, bien criminales seríamos, si llamando a los hombres a la revuelta, nos inclináramos ante las amenazas y nos sometiéramos a los órdenes terminantes de los representantes de la autoridad.

Cobardes, los últimos de los cobardes seríamos si, elevando el espíritu de nuestros compañeros de lucha y excitándoles a la valentía, nosotros no defendiéramos nuestra vida y nuestra libertad cuando están en peligro.

He ahí el por qué de lo que yo he hecho, de lo que nosotros hemos hecho (mis amigos, lo sé, piensan como yo), teníamos que hacerlo, así pues, nosotros no nos arrepentiremos.

Si ustedes me condenan, mis convicciones permanecerán inquebrantables.

Habrá un anarquista más en prisión, pero cien más en la calle".

Prontamente no se dejó que estas palabras quedaran en letra muerta.

El primero en vengar a los compañeros de Clichy fue Ravachol.

Sus bombas encendieron la mecha y la epidemia se propagó rápidamente.

Los agentes del orden comenzarían a temer por su seguridad si habían intervenido en arrestos a anarquistas. Así, un magistrado de Saint-Etienne debió huir para no tener que juzgar al propio Ravachol.

Cada condena o ejecución, además, parecía encender otra mecha. El ministro de Serbia en París fue apuñalado por el zapatero Leauther, que había dicho

pontífices del socialismo no admiten estos procedimientos, son procedimientos anarquistas. En esta partida arriesga uno la cárcel, y, quién sabe, ¿quizás una de esas balas que hicieron maravillas en Fourmies? Con ello no se gana ningún escaño municipal o legislativo. En resumen, el orden turbado por un instante reina de nuevo en Carmaux. La compañía, más poderosa que nunca, continúa su explotación y los señores accionistas se felicitan por la feliz resolución de la huelga. Vamos, los dividendos serán todavía buenos cuando los reciban.

Fue entonces cuando me decidí a mezclar, en este concierto de felices acentos, una voz que los burgueses ya habían oído, pero que creían muerta con Ravachol, la de la dinamita.

Quise mostrar a la burguesía que en lo sucesivo no habría para ella una alegría completa, que sus insolentes triunfos serían turbados, que su becerro de oro temblaría violentamente sobre su pedestal hasta la sacudida definitiva que lo tiraría por tierra en el fango y la sangre.

Al mismo tiempo he querido hacer comprender a los mineros que no hay más que una sola categoría de hombres, los anarquistas, que sienten sinceramente sus sufrimientos y que están dispuestos a vengarles. Esos hombres no se sientan en el Parlamento, como los señores Guesde y compañía, pero caminan hacia la guillotina.

Preparé pues una marmita. Por un momento, la acusación que se había lanzado a Ravachol me vino a, la memoria. ¿Y las víctimas inocentes?

Pero resolví pronto la cuestión. El edificio en el que se encontraban las oficinas de la Compañía de Carmaux no estaba ocupado más que por burgueses. No habría, pues, víctimas inocentes. La burguesía al completo vive de la explotación de los desgraciados, al completo, pues, debe expiar sus crímenes.

Fue también con una certidumbre absoluta sobre la legitimidad de mi acto con la que deposité mi marmita ante la puerta de las oficinas de la Sociedad.

Ya he explicado en el curso de las alegaciones cómo esperaba, en el caso de que mi ingenio fuera descubierto antes de la explosión, que estallara en la comisaría de policía, alcanzando así de todos modos a mis enemigos. Éstos son los móviles que me han hecho cometer el primer atentado que se me reprocha.

Pasemos al segundo, el del café Terminus. Yo había llegado a París cuando el asunto Vaillant. Había asistido a la formidable represión que siguió al atentado del Palais-Bourbon. Fui testigo de las medidas draconianas tomadas por el Gobierno contra los anarquistas.

En todos lados se les espiaba, se les inspeccionaba, se les arrestaba. En redadas al azar, montones de individuos eran arrancados de su familia y arrojados a la cárcel. ¿Qué sucedía con las mujeres y los hijos de estos camaradas durante su

marcha de la revolución”

Aporté a la lucha un odio profundo, avivado día a día por el indignante espectáculo de esta sociedad en la que todo es bajo, turbio, feo, donde todo es una traba a la expansión de las pasiones humanas, a las generosas tendencias del corazón, al libre curso del pensamiento.

Quise golpear tan fuerte y justamente como pudiera. Pasemos. Pues, al primer atentado que he cometido, a la explosión de la calle de Bons-Enfants. Había seguido con atención los acontecimientos de Carmaux.

Las primeras noticias sobre la huelga me habían colmado de alegría: los mineros parecían, por fin, dispuestos a renunciar a las huelgas pacíficas e inútiles, en las que el trabajador confiado espera pacientemente que sus pocos francos triunfen sobre los millones de las compañías.

Parecían haber entrado en una vía de violencia que se afirmó resueltamente el 13 de agosto de 1892.

Las oficinas y los edificios de la mina fueron ocupados por una masa cansada de sufrir sin vengarse; se iba a hacer justicia con el ingeniero, tan odiado por sus obreros, cuando los timoratos se interpusieron.

¿Quiénes eran estos hombres? Los mismos que hacen abortar todos los movimientos revolucionarios, porque ellos temen que una vez lanzado el pueblo no obedezca ya a su voz, los que empujan a millares de hombres a soportar privaciones durante meses enteros, con el fin de anunciar a bombo y platillo sus sufrimientos y crearse una popularidad que les permitirá obtener un mandato -hablo de los jefes socialistas-; estos hombres, en efecto, fueron la cabeza del movimiento huelguista.

De repente vimos abatirse sobre el país una nube de señores con pico de oro que se pusieron a la entera disposición del conflicto, organizaron suscripciones, dieron conferencias, dirigieron peticiones de fondos por todas partes. Los mineros dejaron la iniciativa en sus manos. Lo que ocurrió, ya lo sabemos.

La huelga se eternizó, los mineros tomaron un contacto aún más íntimo con el hambre, su eterna compañera; se comieron la pequeña caja de resistencia de su sindicato y de otros que acudieron en su ayuda; al cabo de dos meses, con las orejas gachas, volvieron a su foso, más miserables que antes. Hubiera sido tan sencillo desde el principio atacar a la Compañía en su único punto flaco: el dinero; quemar el stock de carbón, romper las máquinas de extracción, destruir las bombas de achicar.

Seguro que la Compañía hubiera capitulado rápidamente, pero los grandes

apuñalaría al primer burgués que se le atravesara.

Más tarde, Vaillant lanzó una bomba a la cámara de diputados. Padre tierno que solo intentaba llamar la atención sobre el hambre y la desigualdad que sufría.

Su personalidad no encajaba para nada en la idea que hacía la prensa de esos anárquicos desalmados.

Inmediatamente se crearon leyes específicas en contra de los anarquistas, como se conocerían también más tarde en el Río de la Plata.

Una semana después de la ejecución de Vaillant, Émile Henry lanzó una bomba al café Terminus, la venganza contra toda la clase privilegiada estaba cumplida.

Después, un anarquista belga moría mientras llevaba una bomba a la iglesia de Madelaine.

Las bombas anárquicas se sucedían una tras otra y hasta la gente común comenzó a aprovechar la situación para intentar aterrorizar a sus patrones o caseros.

El 24 de Junio de 1894, el italiano Santo Caserio apuñaló al presidente de la República Francesa, Sadi Carnot, éste había rechazado la petición de gracia para Vaillant.

Al día siguiente la viuda del presidente recibió una fotografía de Ravachol que decía "¡él está vengado!"

La dinamita individual iría de a poco extinguiéndose y el anarquismo tomaría otra fuerza, haciendo propaganda y calando en los sindicatos.

Aquellos que estaban en contra y los que sin condenar las acciones proponían cambiar el rumbo de las mismas, comenzaron a influir más, aunque la acción individual anarquista jamás cesó del todo.

Los textos que presentamos recogen las declaraciones de Ravachol y la de Émile Henry. El primero se convirtió en un símbolo, con su personalidad bondadosa y su valor, el segundo agudizó la polémica más que sobre el uso de la dinamita, el criterio de ciertas acciones violentas.

El primero se inmortalizó casi como un santo entre los rebeldes de su época, el segundo para muchos, como demonio.

Igual, no queremos mostrar las dos caras de nada, sino dos textos que hablan y se explican por sí solos.

Ravachol
(1859 - 1892)

Me bastará decir que me convertí en enemigo de una sociedad a la que juzgaba criminal.

Atraído en un primer momento por el socialismo, no tardé en alejarme de ese partido. Tenía demasiado amor a la libertad, demasiado respeto por la iniciativa individual, demasiada repugnancia al alistamiento para coger un número en el ejército matriculado del cuarto Estado (En Francia, los Estados Generales: Asamblea general que reunía a los representante de cada uno de los tres estados: clero, nobleza y tercer estado (burguesía). De allí salían los Cuadernos de quejas y peticiones. El cuarto estado sería el de los obreros).

Además, vi que en el fondo, el socialismo no cambia en nada el orden actual. Mantiene el principio de autoridad, y ese principio, a pesar de lo que puedan decir sobre él pretendidos librepensadores, no es sino un viejo residuo de la fe en una potencia superior.

Los estudios científicos me habían iniciado gradualmente en las leyes de las fuerzas naturales.

Así pues, era materialista y ateo; había comprendido que la hipótesis de Dios estaba descartada por la ciencia moderna que ya no tenía necesidad de ella. La moral religiosa y autoritaria, basada en la falsedad, debía desaparecer. ¿Cuál era entonces la nueva moral, en armonía con las leyes de la naturaleza, que debía regenerar el viejo mundo y dar a luz una humanidad dichosa?

Fue en aquel momento cuando me puse en relación con algunos compañeros anarquistas que, aún hoy, considero como los mejores que he conocido.

El carácter de estos hombres me sedujo desde el principio. Apreciaba en ellos una gran sinceridad, una absoluta franqueza, un profundo desprecio por todos los prejuicios, y quise conocer la idea que hacía a unos hombres tan diferentes de todos los que yo había conocido hasta entonces.

Esta idea encontró en mi espíritu un terreno totalmente abonado, por observaciones y reflexiones personales, para recibirla.

No hizo más que precisar lo que había en mí todavía de vago e impreciso.

Me convertí a mi vez en anarquista. No voy a desarrollar aquí la teoría de la anarquía. No quiero retener de ella más que el lado revolucionario, el lado destructor y negativo por el que comparezco ante ustedes.

En este momento de aguda lucha entre la burguesía y sus enemigos estoy casi tentado de decir con la Souvarine de *Germinal:* “Todos los razonamientos sobre el porvenir son criminales porque impiden la destrucción pura y simple, y entorpecen la

Lo que quiero presentarles no es una defensa. No busco de ningún modo librarme de las represalias de la sociedad a la que he atacado. Por otra parte no respondo sino a un solo Tribunal, yo mismo, y el veredicto de cualquier otro me es indiferente.

Quiero simplemente darles una explicación de mis actos y contarles cómo he llegado a realizarlos.

Soy anarquista desde hace poco tiempo. No fue hasta mediados de 1891 aproximadamente cuando me lancé en el movimiento revolucionario. Antes, había vivido en un medio enteramente imbuido por la moral actual. Había sido enseñado a respetar e incluso a amar los principios de la patria, de la familia, de la autoridad y de la propiedad.

Pero los educadores de la generación actual olvidan con demasiada frecuencia una cosa: que la vida con sus luchas y deberes, con sus injusticias e iniquidades se encarga muy bien, la indiscreta, de abrir los ojos de los ignorantes y de abrírselos a la realidad. Eso es lo que me sucedió a mí, como les sucede a todos. Se me había dicho que la vida era fácil y totalmente abierta a los inteligentes y enérgicos, y la experiencia me enseñó que sólo los criminales y los rastreros pueden hacerse con un buen sitio en el banquete.

Se me había dicho que las instituciones sociales estaban basadas en la justicia y en la igualdad, y a mi alrededor no vi sino mentiras y engaños.

Cada día que pasaba me robaba una ilusión. Por todas las partes que iba, era testigo de los mismos dolores en el caso de unos y la misma dicha en el caso de otros. No tardé en comprender que las grandes palabras que me habían enseñado a venerar: honor, devoción, deber, no eran más que una máscara que velaba las más vergonzosas infamias.

El industrial que amasaba una colosal fortuna con el trabajo de sus obreros, mientras ellos carecían de todo, era un honesto caballero.

El diputado, el ministro, cuyas manos estaban siempre abiertas a las gratificaciones, eran devotos del bien público.

El oficial que experimentaba el fusil último modelo sobre niños de siete años, había cumplido con su deber y, ¡en pleno Parlamento, el Presidente del Consejo le expresaba sus felicitaciones!

Todo lo que vi me rebeló, y mi espíritu se aplicó a la crítica de la organización social. Esta crítica se ha hecho demasiado a menudo para que yo la comience aquí de nuevo.

Francois Claudius Koeningstein –Ravachol por parte de su madre- apareció en Saint-Dennis en julio de 1891. Buscado por asesinato seguido de robo, vivió bajo el nombre de Leon Léger en casa del compañero Chaumartin, cuya mujer era amiga de la anarquista Decamps. De acuerdo con un tal Simon Charles Achille, llamado Bizcocho, que había asistido a los debates del asunto Decamps e igualmente de acuerdo con Jas-Béala y su amante Mariette Soubère, decidió vengar a los compañeros condenados.

En un principio intentan hacer estallar la comisaría de Clichy, y helos ahí el 7 de marzo de 1982, llevando una marmita cargada con unos cincuenta cartuchos de dinamita y restos de chatarra a guisa de metralla; pero el proyecto aborta a causa de las dificultades de aproximación. Deciden entonces atacar al consejero Benoît, que presidió a la audiencia cuando la condena de Decamps y Dardare. Simon va a reconocer el lugar, el 136 del bulevar de Saint-Germaine, pero no tiene éxito en descubrir el piso en que vive el consejero; deciden sin embargo pasar a la acción, y el 11 de marzo, Chaumartin acompaña a los cuatro terroristas hasta el tranvía. Koeningstein, elegantemente vestido, se instala entonces en el interior, mientras Mariette Soubère toma sitio en el imperial, entre Simon y Béala, tan cerca como puede del cochero a fin de escapar mejor a las investigaciones de los encargados de arbitrios municipales. Recubre con su falda la olla de hierro depositada delante de ella. Después del paso de la barrera, se baja y vuelve a su casa en tanto que Ravachol, Simon y Béala prosiguen su ruta y hacen el transbordo que lleva al bulevar Saint-Germaine.

Cuando llegan delante del número 136, Ravachol, armado con dos pistolas y provisto del ingenio entra en el inmueble y deposita la olla en el descansillo del primer piso, encima del entresuelo, con el fin de atacar la vivienda en su centro. Enciende entonces la mecha, desciende sin ser visto y es sorprendido por la explosión en el mismo instante en que gana la calle. La proyección de la metralla causó espantosos destrozos: "¡Creí, dijo Ravachol, que la casa se me caía encima!" Las pérdidas fueron evaluadas en 40.000 francos de la época, sin embargo no hubo más que un herido; el presidente Benoît que ocupaba el cuarto piso resultó ileso.

En los días que siguieron, Ravachol y sus amigos decidieron cargarse al sustituto Bulot, y Ravachol confeccionó con Simon un ingenio que llenó con 120 cartuchos. Pero un auxiliar de la policía que frecuentaba la casa de Chaumartin se había enterado del primer atentado, y confeccionado desde el 16 de marzo, todos los informes relativos al caso que pudieran ser de interés para sus superiores, a cambio de una gratificación de 750 francos, más 50 francos por gastos de misión, sin contar sus emolumentos ordinarios. Chaumartin fue arrestado el 17, Simon fue igualmente detenido, en cuanto a Ravachol, pudo dejar la casa a tiempo y se fue a vivir a Saint-Mandé, sin renunciar por ello al atentado previsto. Sólo se cortó la barba, y el 27 de

marzo a las seis y veinte de la mañana, tomó el ómnibus para presentarse en la calle Clichy a donde llegó dos horas después.

Sobre la acera, no lejos del número 39, abrió la valija que había traído y penetró en el inmueble del magistrado, ignorante sin embargo del piso en que habitaba. Abandonó entonces su valija en el segundo descansillo después de haber encendido las mechas. A continuación, aún tuvo tiempo de recorrer unos cincuenta metros por la calle; después, una espantosa detonación resonó y el inmueble fue devastado hasta sus cimientos. Según M. Girard, químico que declaró en la audiencia, sólo la presencia de numerosas aberturas en el hueco de la escalera permitió la evacuación de los gases evitando el hundimiento de la casa. Por un milagro no hubo más que siete heridos y alrededor de 120.000 francos de pérdidas.

Después del atentado, Ravachol tomó el ómnibus *Batignoles-Jardin des Plantes* con el objeto de pasar por la calle de Clichy y juzgar los efectos de la explosión, pero el ómnibus fue desviado de su trayecto habitual. Hacia las once fue al restaurante Véry en el bulevar Magenta. El camarero Lhérot hizo unas manifestaciones despectivas referentes al servicio militar, Ravachol pensó "que allí había algo que hacer" y comenzó a exponerle las teorías anarquistas. Fue una mala idea, pues Lhérot le consideró entonces un hombre "no como es debido". Y, cuando Ravachol volvió tres días más tarde a ese mismo restaurante, Lhérot reconoció en él, gracias a la cicatriz de su mano izquierda y a las señas que habían dado los periódicos, al dinamitador del bulevar Saint-Germaine y de la calle Clichy. Alertada la policía, arrestó, no sin trabajo, a Ravachol, al que apenas pudieron dominar entre diez hombres.

El 26 de abril compareció ante la Sala de lo Criminal del Sena, en un Palacio de la Justicia guardado como si debiera sostener un ataque. La víspera, había estallado el restaurante Véry. La bomba había causado dos muertos, "verificación" dirá *El Tío Tranquilo* en un siniestro juego de palabras. Al terminar las deliberaciones sólo fueron condenados Simon y Ravachol a quienes se castigó a trabajos forzados a perpetuidad. Dos meses más tarde, en Montbrisson, la Audiencia del Loira condenaba, esta vez a muerte, a Ravachol, por el asesinato, el 18 de junio de 1891, de un viejo ermitaño en Chambles, cerca de Saint-Etienne, asesinato que reportó a su autor varios miles de francos. Ravachol fue igualmente acusado de diversas fechorías y de otros dos crímenes: el asesinato en 1886, cerca de Saint-Chamond, de un rentista y su criada, y el de las señoras Marcon de Saint-Etienne, el 27 de julio de 1891, pero él lo negó enérgicamente y subsisten serias dudas.

Ravachol había sido arrestado el 30 de marzo. Hasta su comparecencia delante de la Audiencia de lo Criminal, alrededor de un mes, tres inspectores le vigilaban día y noche. Observaban sus acciones y sus gestos, registraron sus palabras y redactaron informes que han sido conservados en los archivos de Prefectura de Policía.

Emile Henry
(1872 - 1894)